

LA CONMEMORACIÓN

(ESPECTROS ÉPICOS)

¿A dónde, con los griegos melenudos,
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena, confuso y grave.

¿Es el Peán?—Guerreros espolones
amagan en las proras esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de egidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.

El sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que á indistinto
dios vestido de púrpura guarece;
y el húmedo cristal, á trechos pinto
de reflejos de múrice, parece
en sangre persa aun tinto.

EL DESERTOR

¡Allí... junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo alegre y florido!
¡Y el cielo impasible y puro!

¡Cuadro que tuve delante

y que hoy como entonces veol
Ante el pelotón, el reo;
en un flanco, el comandante.

—¡Cesen tus ruegos prolijos!
¿Por qué huíste á la montaña?
—Señor, porque en mi cabaña
estaban sin pan mis hijos.

—¿Por qué trocaste el arado
por el fusil? Fué imprudencia.
—Señor, ha sido violencia:
la leva me hizo soldado.

—¡Basta! ¡Arrodíllate luego!
La disciplina es un yugo...
Yo no soy más que el verdugo...
¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

¡Allí... junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo alegre y florido!
¡Y el cielo impasible y puro!

CUELLAR (JOSÉ T. DE)

Á CERVANTES

Nació al albor de la primer mañana
De una región de luz desconocida,
De do la vida de los mundos mana,

Espíritu inmortal, del mundo egida,
Nuncio de gloria de la estirpe humana.

Angel, tendiendo las potentes alas,
Se lanza en los espacios insondables,
Surca mares de gasas transparentes
Y piélagos de sombras impalpables,
Do ruedan en miriadas los nacientes
Globos, que al *fiat* fecundo
Del Hacedor, brotando de la nada,
Ser y vida reciben, y ya pueblan
Vasta extensión, un mundo y otro mundo.

Las alas bate aún; y donde quiera
Que la mirada fúlgida dirige,
Polvo de estrellas en el éter cunde,
Que un lampo solo de la luz eterna
Dora y matiza, y su camino rige
Y la vida á torrentes
En las etéreas bóvedas difunde,
Así el genio bajó sobre la tierra
A cumplir su misión de paz y gloria,
Y su trono erigió sobre las ráudas
Edades que pasando,
Van á su pies en deleznable escoria
Su fasto y triunfos, míseras, tornando.

Vió los pueblos nacer, vió las naciones
En formidable lucha ensangrentando
Sus nítidos blasones,
Miró la vanidad alzar los templos
De fugitivas glorias,
A la ambición palacios esplendentes
De fausto y pompa ejemplos,
Y vió después el viento del olvido

Barrer tan sólo escorias,
Y á solitario capitel de piedra
Muda abrazarse trepadora yedra.

Todo rodó á sus pies cual polvo vano:
Razas, pueblos y edades,
Y templos, monumentos y ciudades;
Todo el tiempo lo trunca
Mas los triunfos legítimos del génio,
Por mandato de Dios, no mueren nunca.

No mueren, no; regístralos la historia
Mostrando sin cesar á la memoria
Un más allá esplendente,
Una vida mejor á la que aspira
El alma entre el engaño y la mentira
De esta rápida vida transitoria.

Mas ¡ay! no siempre el mundo
Al genio poderoso
Justo homenaje rinde;
Torpe la envidia arrójale profundo
Sarcasmo venenoso;
Viles pasiones á sus pies se arrastran,
Copa de hiel le ofrecen,
Y en vez de comprenderle le escarnecen.

Así, más tarde, la justicia muestra
Inexorable al mundo,
En su pasmo profundo,
Sobre su rico pedestal, el llanto
Del mutilado ilustre de Lepanto.

Así, más tarde, la conciencia humana
Convoca al borde de dorada tumba

A pósteros que lloren,
 Y en desagravio del pasado imploren
 De otras generaciones la asistencia,
 Al grito llamador de la conciencia.
 Así nosotros hoy, tras dos centurias
 Y más, venimos á llorar á un hombre
 De esclarecido y de eternal renombre;
 Y en medio á la intuición de lo infinito,
 Conocemos que alivia
 El peso abrumador que nos oprime
 Algo consolador, grande y sublime;
 Algo que nos eleva
 Del lodazal de miserables pasiones,
 Y á contemplar nos lleva
 Del mundo en la remota lontananza
 Una vida de gloria y de esperanza.
 Porque el genio redime
 Al que del mundo para siempre es ido,
 Del peso de la muerte y del olvido.

No acabar, extinguendo
 Con un soplo fugaz lo que el espíritu
 Está en la vida sin cesar buscando:
 No vivir vegetando
 Para yacer después siempre muriendo,
 Es el triunfo mayor de nuestro anhelo,
 Es conquistar desde la tierra el cielo...

¡Cervantes inmortal, mártir sublime!
 De España los dolores,
 Y de émulo bastardos los rencores
 Despertaron en tu alma la amargura:
 Pediste pan dentro el hogar vacío,
 Y sólo el hambre ¡ay Dios, llamó á tu puerta,
 Cuando el alma tenías,

Para dar gloria á España
 De par en par abiertala..

No hubiste pan, y altares merecías,
 Lloraste y hoy te llora el mundo entero;
 La risa con que tú te estremecías
 Resuena en nuestros días
 Como un eco de gloria placentero.
 Hondos fueron tus males
 Viviendo en el olvido,
 Y al escribir con lágrimas de sangre
 Tu Quijote inmortal, legaste al mundo
 En tu dolor profundo,
 Tu época retratada
 En tu tremenda y ronca carcajada.
 Es que el genio inmortal que al mundo vino
 Tocado tu alma había,
 Y en medio á los vaivenes del destino,
 Tú, soldado, ya pobre, ya doliente,
 Brillaba ya sobre tu noble frente
 Lauro eternal que el mundo envidiaría.

Tu tránsito acabó; y en tu postrera
 Terrible noche, de vivir cansado,
 Y solo y triste, ¡adiós! dijiste al mundo
 En brazos de tu pobre compañera,
 Transida el alma de dolor profundo.

Y acaso ya sabías,
 Cuando llegar sentías
 Brisa de eternidad, que á los oídos
 Del moribundo zumba,
 Que aunque la indiferencia y el olvido
 Perdieran hasta el rastro de tu tumba.
 El admirable libro que escribías

Iba á robar sus sombras á la muerte,
 Iba á rasgar los velos del olvido,
 Y leyéndolo el mundo en nuestros días
 De muy distinta suerte,
 De su loco entusiasmo en los excesos
 Iba á entonar sentidas gemonías
 Por no tener ni el polvo de tus huesos.
 Tu tránsito pasó sobre la tierra,
 Pasó del tiempo la doliente saña,
 El dolo, el llanto y el dolor que aterra,
 Para luego nacer gloria de España,
 Para luego vivir con las edades
 La vida de los siglos en la historia,
 La vida de los géneos en la altura,
 Para sentir honrada tu memoria
 Cuanto fué desdeñada tu amargura.
 El triunfo es tuyo, á tu mansión de gloria
 Llegue el himno elevado en tus altares;
 Y en tu descanso augusto,
 De la posteridad que te comprende
 Oigas el fallo justo,
 Pues supiste ¡oh ingenio sin segundo!
 Con sólo un libro cautivar al mundo.

COVARRUVIAS (JUAN DÍAZ) ⁽¹⁾

FRAGMENTOS

.....

¡Ay del triste que vió desvanecerse
 La ilusión que soñaba su esperanza,

(1) Cuando Juan Díaz Covarrubias iba á recibir el título de Doctor en Medicina, fué fusilado con otros jóvenes liberales el 11 de Abril de 1859 en la villa de Yaubaya (México) por haber prestado sus auxilios á los defensores de sus ideas. Por tan triste muerte, se le da el nombre de *Poeta Mártir*.

Quiso tocarla y la miró perderse
 En las brumas de obscura lontananza!

Triste de aquel que su brillante gloria
 Juguete vió del fugitivo viento,
 Y contempla un martirio en su memoria
 Y un torcedor su mismo pensamiento.

Triste de aquel que vive en el pasado
 Mirando en su pesar desvanecida
 La ilusión del amor, manto gastado
 Que engalana la mómia de la vida.

Triste de aquel que en su marchito seno
 Sintió llevar el cáncer de la duda,
 Bebiendo gota á gota ese veneno
 Que le dejó la realidad desnuda.

Era su vida flor que se mecía
 Al suave arrullo de la brisa ufana;
 De esa que fuera tan brillante un día
 Ni hojas siquiera quedarán mañana...

Mas oye corazón, basta de llanto,
 Guarda la hiel de tu dolor profundo,
 Que la queja letal de tu quebranto,
 Ni la comprende ni la escucha el mundo.

¿No sabes que las quejas que se lanzan
 En medio de la noche silenciosa,
 Nunca otro seno á conmovér alcanzan
 Y se pierden en la aura vagarosa?

Lo sabes, corazón; forja otra historia
 Sin las gratas venturas que he sentido:

Yo no quiero esperanzas, ni memoria,
Yo no quiero recuerdos, ¡quiero olvido!

DOMÍNGUEZ (RICARDO)

CAMBIOS

Todo cambia en el mundo, ayer estaba
Ese lirio en botón,
Esas nubes que vagan en ocaso
En la cuna del sol.
Esas tiernas, inquietas golondrinas,
En las olas del mar,
Tu pensamiento en el recuerdo mío,
(Porque al fin nos supimos adorar.)

Y ahora, niña, ahora, el blanco lirio
Deshojándose está;
Las nubes del oriente en el ocaso,
Las golondrinas en mi desierto hogar.
Tu pensamiento en la brillante idea
De otra nueva pasión;
Tú alegre y satisfecha y venturosa,
¡Y aislado y triste, y sin consuelo yo!

Á ELLA

Por más que sueños que soy felice,
Por más que tu alma pura y hermosa
Se afane en verme bajo ese prisma,
Tengo unas penas que me devoran,

Lloro si canto, lloro si rio,
Y vivo triste, como la tórtola,
Porque es mi vida negra y sombría,
Negra, muy negra, triste y odiosa,
Como los tedios
Que me acongojan,
Como la tumba,
Como la sombra.

Tú en cambio, niña, vives contenta,
Siempre tranquila, siempre dichosa,
Como en la cuna jugando el niño,
Como en los campos las mariposas,
Como en el cielo la blanca estrella,
Como en las nubes la inquieta alondra,
¿Por qué tu vida no es cual la mía?
¿Por qué es alegre, rica y hermosa,
Como la dicha,
Como la aurora,
Como el aplauso,
Como la gloria?

ECHAIZ (JESÚS)

GALILEO

En un rincón de su prisión oscura,
Callado el genio, de dolor suspira,
Ante un fantasma que delante mira,
De torva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita: —¡Abjural
Renuncia de tu herética mentira,

Dí que la tierra está... —La tierra gira,
Le contestaba el sabio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,
Y por obscuro callejón torcido
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia alevé
Y exclama el sabio triste y abatido:
—Y sin embargo, siento que se mueve.

~~~~~  
**ESPINO ( ROSA )** <sup>(1)</sup>

~~~~~  
EL ALBA

—
(En la sierra)

Ya amanece, el horizonte
Dibuja tendida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frío
Anunciando la mañana.
Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el *ocote*,

(1) Este nombre es el pseudónimo de un distinguidísimo literato mexicano, que figura también en otro lugar de este libro.

Dicho escritor ha conquistado inmarcesibles lauros como poeta, militar, jurisconsulto y periodista festivo.

Los cedros y las lianas.
En los *ranchos* silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya sube desde los prados
El tañer de la campana,
Y el válido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña
Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
O morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con ese rumor que se alza
Cuando después de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

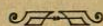
EL MEDIO DÍA

(En la costa)

Radiante el sol meridiano
 Lanza torrentes de fuego,
 Y sus ondas luminosas,
 Aduermen el manso viento.
 De aquella calma profunda
 Sólo interrumpe el silencio
 El ronco mar que sus aguas
 Azota estruendoso y fiero,
 De los apartados morros
 Contra los peñascos negros
 Que ya se cubren de espuma
 Y ya aparecen enhiestos.
 Ni un barco sobre las olas,
 Ni una nube sobre el cielo:
 Parece el cielo un abismo,
 Parece el mar un desierto.
 Lánguidas cuelgan las hojas
 Del altivo cocotero,
 Lánguidas flotan las palmas
 Del *cayaco* gigantesco;
 Fuego circula en el aire
 Y el azul del firmamento,
 Como de flotantes llamas
 Envuelve rojizo velo;
 Sobre las ondas del río
 Se inclina el mangle soberbio,
 Y buscando grata sombra
 Calla el *zanate* parlero.
 Al abrigo de la yerba
 Los esmaltados insectos
 Enmudecen, respetando

El silencioso misterio.
 Duerme la verdosa iguana
 Sobre un tronco de árbol seco,
 Duerme el caimán perezoso
 A la orilla del estero.
 Los loros y guacamayas
 Se agrupan bajo los cedros,
 Inmóviles mientras sopla
 El terral húmedo y fresco.
 Huye el *guaco* á la cañada
 Y el tigre con paso incierto
 Sigue el rumor del arroyo
 Que sale á buscar sediento.

.....
 Terrible es aquella calma,
 Pavoroso aquel silencio,
 Que sólo el mar interrumpe
 Con su monótono estruendo.



LA TARDE

(En el valle de México)

Está moribundo el día
 y el sol poniente colora
 Las nives del *Ictasihuatl*
 Con los tintes de la rosa.
 En un cielo de turquesa
 Ligeros crespones flotan,
 Nubes de púrpura y grana
 Que oro mienten con sus orlas.
 Sobre los tendidos lagos
 Las brisas murmuradoras
 Van recogiendo el perfume

De las frescas amapolas.
 Del mirto y del *cempazochil*,
 De las clavellinas rojas,
 Del *cacomite* atigrada,
 De la azucena olorosa.
 En grato vaivén se agitan
 Los *tulares*, si les toca
 El aliento de la tarde
 Que va impregnado de aromas.
 Las flores en las *chinampas*
 Inclinan ya sus corolas
 Y el girasol languidece
 De la tarde con la sombra.
 Forman alegre concierto
 Los gorriones, en las hojas
 De fresnos y *capulines*
 En cuyas ramas se posan.
 El vuelo tienden las garzas
 Buscando la selva umbrosa,
 Y al abrigo de los trojes
 Retíranse las palomas.
 Se oye el rumor á lo lejos
 De las reses mugidoras
 Que llegan á los establos
 O á los potreros retornan.
 Por el lago transparente
 Cruzan pesadas canoas
 O *chalupas*, que ligeras
 Mueven apenas las olas.
 Sembrado se mira el valle
 De haciendas, pueblos y chozas,
 Y en medio de ese conjunto,
 México, que se corona
 Con cien torres que reflejan
 Esa luz que, seductora,

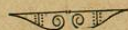
Las nieblas del *Ixtasihuatl*
 Tiñen de carmín y rosa.

—
LA NOCHE
 —

(En la montaña)

La noche envuelve la tierra
 Con sus negros pabellones,
 Y en el espacio infinito
 Brillan miriadas de soles.
 Espléndida se levanta
 La luna en el horizonte,
 Y vaporosos celajes
 Sus blancas luces recogen.
 No es la imágen de la muerte
 Dentro las selvas la noche,
 Que se alzan por todas partes
 Dulces y extraños rumores.
 El eco de los torrentes
 Viene de lejano bosque.
 Mientras al brillar la luna
 Cantan, sin saberse en dónde,
 Pájaros desconocidos,
 Desconocidas canciones.
 Se oye crugir la maleza
 Y luego el pesado roce
 De los tigres que en la loma
 Cruzan *pujando* feroces.
 Ahuyan en las cabañas
 Los lobos y los *coyotes*
 Y brillan entre la yerba
 Mil insectos zumbadores,
 Que como estrellas perdidas,

Fosforescentes, veloces,
 Tan pronto surcan la tierra
 Como en las hojas se esconden
 De los árboles soberbios
 En que cantan sus amores
 Los gilgueros en las tardes
 Y en la aurora los *sinsontes*.
 Una ráfaga de viento
 Llega rápida y se oye
 Crugir el añoso tronco,
 Y sordo luego, recorre
 Aquel rumor misterioso
 La virgen selva, y entonces
 Se interrumpen de repente
 Todos los otros rumores,
 Porque el ángel de las sombras
 Cruzando va por el bosque.



UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce pero triste
 De mi temprana edad;
 Mi madre me llevaba de la mano
 Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
 Como pardo cendal,
 Y á gritar comenzaba en la cañada
 El huaco pertinaz.

Cantaban las tropiales en el bosque
 Con dulce suavidad,
 Los penachos del mangle caballero
 Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
 Se adormecía el caimán,
 Y bajaban los peces á sus nidos
 De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
 En su continuo afán,
 Y en medio á los rumores, dominando
 Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
 Escuchóse fugaz
 De las campanas de la aldea vecina
 Tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio
 La contemplé rezar,
 Y de llanto llenáronse sus ojos
 Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decía
 Con dulce ingenuidad,
 Y ella me contestó dándome un beso:
 —Es preciso llorar.

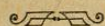
Que con lúgubre toque las campanas
 Anunciándome están
 Que un hombre, como todos, de esta vida
 Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces,
 ¿Tu amor me faltará?
 Y ella sin contestar no más lloraba
 Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro
Y ella con dulce afán
Enjugando mis lágrimas decía:
—Vamos, ya está, ya está.

Pocos años después perdí á mi madre:
No ceso de llorar
Y en sueños la contemplo cada día;
Del cielo viene ya.

Llega y se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite
—Vamos, ya está, ya está.



LOS DOS ESPÍRITUS

—Adiós, adiós—al espirar decía
Un amante infeliz; y ella en su duelo,
—Jamás te olvidaré, le repetía,
Pronto nos uniremos en el cielo.—

Murió el amante, y luego cariñoso
Su espíritu volvió... más con tristura
Mirando roto el vínculo amoroso
Lanzó un suspiro y se tornó á la altura.

Murió también la ingrata, y desolado
Su espíritu buscaba al de su amante...
No le encontró jamás, y atormentado
Su espíritu viajó solo y errante.

¡Ay de aquella alma que al amante muerto
Sepulta entre el olvido más profundo!

Más allá de la vida hay un desierto,
Castigo del olvido en este mundo.



HIDALGO

(FRAGMENTO DE UN CANTO)

.....
.....

Oh! cuántas veces
Cuando la luz del moribundo día
Bañando el horizonte
Los pálidos celajes encendía,
Y la sombra ligera
Del apartado monte
Iba triste ganando la pradera,
Y el rumor de la tarde se apagaba,
Y sólo entre la yerba se escuchaba
Del insecto perdido
El ténue y melancólico zumbido,
La soledad y la quietud buscando,
Triste y absorto en su pesar profundo,
Atravesando el rú-tico sendero
Sin recordar al mundo,
Guiaba sus pasos al tranquilo otero.
Ni bastaba á sacarle
Del éxtasis que entonces le embargaba
El saludo de humilde peregrino,
Ni el canto de los rudos labradores,
Ni el respetuoso adiós que en su camino
Le daban los pastores,
Ni las últimas notas que suaves
Al despedir al sol lanzan las aves,

Sentado en una peña, ó sobre el tronco
 Del árbol derribado,
 Apoyada la barba sobre el pecho
 Y en piélago insondable de confusos
 Y grandes pensamientos, abismado,
 Cavando, sin sentirlo,
 Con el bastón la removida tierra,
 Se agrupaban en su alma generosa
 Las imágenes fieles de la guerra.
 Parecía oír entre las sombras
 El eco de los bélicos clarines,
 Y alzarse ante su vista
 Por mágicos conjuros evocada,
 La sangrienta batalla encarnizada;
 Y escuchaba el cargar de los pesados
 Y fieros escuadrones,
 Y los fuegos cerrados,
 Y los gritos de indómitos soldados,
 Y fuertes batallones
 Cruzando la extensión de la llanura
 Entre la nube obscura
 De humo y polvo que se alza del combate;
 El terror infundiendo los cañones
 Entre torrentes de rogiza llama
 Vomitar con estruendo
 Un huracán de bronce, que bramando,
 Va el exterminio por doquier sembrando,
 Y la confusa y ronca gritería,
 Y ayes, maldiciones y gemidos,
 Y pesada rodar la artillería,
 Y confusos ruidos
 En rumor espantoso confundidos.

Más el combate dura y más se empeña;
 Abre HIDALGO los ojos con espanto,

Y es que duda si sueña
 O si es la realidad; mas el encanto
 Disipa de repente
 Desde la aldea cercana
 El pausado tañir de una campana.
 Se deshacen ligeras
 Las imágenes todas del combate,
 É incierta entre el dolor y la alegría
 Aquella alma, por fin, vuelve á la tierra
 Meditando si en esa profecía
 Que muestra el porvenir en lontananza,
 Se encierra el desengaño ó la esperanza.

.....


FERNÁNDEZ (JOSÉ)
 ~~~~~

*En la muerte del general Zaragoza*

Pálida está la frente  
 Que con divino rayo  
 De luz brillante circundó la gloria,  
 Al alumbrar su espléndida victoria  
 El quinto sol del memorando Mayo;  
 Apagada la ardiente  
 Eléctrica mirada,  
 Que al enemigo de terror cubriera,  
 Que cual vivo relámpago luciera  
 Para anunciar el rayo de su espada.  
 Está ya el labio mudo  
 Que, apenas se movía,  
 Agitaba terribles batallones,  
 Jinetes y corceles y cañones,

Y mandaba vencer, y se vencía;  
 Yerto el brazo nervudo,  
 Nunca al afán rendido,  
 Asolación del galo aventurero,  
 Y, al envainar el victorioso acero,  
 Noble sostén y amparo del vencido.  
 Inmóvil yace, inerte,  
 Dentro del pecho frío,  
 El corazón en el valor templado,  
 De capitán y de último soldado,  
 Noble modelo de constancia y brío.  
 ¡Duerme ya el hombre fuerte  
 En eterno letargo,  
 El hijo que á su patria dar debía  
 Con su victoria el más glorioso día,  
 Con su temprana muerte el más amargo!  
 Hoy el galo se goza,  
 De vergüenza desnudo,  
 Viendo que el rostro nos volvió la suerte,  
 Viendo que aleve derribó la muerte  
 Al que vencer su ejército no pudo.  
 «No existe Zaragoza,  
 Inerme está la diestra  
 Que en ócio vergonzoso nos mantiene.  
 Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?  
 ¡A combatir, que la victoria es nuestra!»  
 «Las águilas augustas,  
 Que ya han tendido el vuelo,  
 Victoriosas do quiera en la pelea,  
 En Africa, y en Asia y en Crimea,  
 En Magenta, Pallestro y Montebello,  
 «Agitarán robustas  
 Sus alas majestuosas,  
 Y, atravesando ráudas el espacio,  
 Irán á reposar en el palacio

En que tú, bella México, reposas.»  
 «Allí, en cercano día,  
 De Luis soldados fieles,  
 De oro, de gloria y de placeres llenos,  
 Reclinaremos en hermosos senos  
 Nuestras frentes cubiertas de laureles.»  
 Así con burla impía  
 Los invasores claman;  
 Y, al escuchar su risa mofadora,  
 Olvido este pesar que me devora,  
 Y la venganza y el valor me inflaman.  
 Lloremos, mexicanos,  
 Mas breve el llanto sea,  
 Y dejemos el llanto por la espada,  
 ¡Ay! para que de Francia la mirada  
 Estas acerbas lágrimas no vea.  
 Juntemos nuestras manos  
 En la tumba que encierra  
 Los venerandos restos del guerrero,  
 Y pronunciando nuestro adiós postrero,  
 Solo se oigan después gritos de guerra.  
 ¡Guerra, sí, patria mía!  
 ¡Guerra por tus montañas,  
 Guerra por tus inmensas soledades,  
 Guerra por tus caminos y ciudades,  
 Guerra en los templos, guerra en las cabañas!  
 Tiempo sobraré un día  
 De llorar al que muera;  
 El soldado inmortal que tú perdiste  
 Y con su grande espíritu te asiste,  
 No quiere llanto ya: triunfos espera.

